

DISCUSION

PERMANENCIA DEL FASCISMO ESPAÑOL

¿Qué es el fascismo? *

HERBERT RUTLEDGE SOUTHWORTH

Más de veinte años después del fin del período fascista de la historia europea, el fascismo sigue aún mal definido. No hay una explicación generalmente aceptada de este fenómeno. Dos recientes colecciones de trabajos sobre este tema, que comprenden estudios realizados por quince escritores, revelan aproximadamente quince concepciones diferentes de la naturaleza del fascismo.¹ La definición clásica que ofrece la izquierda comunista fue formulada en 1933 y permanece inalterada hasta hoy: "El fascismo es la dictadura abierta y terrorista de los elementos más reaccionarios, chauvinos e imperialistas del capital financiero".² Un estudio reciente del problema fascista, debido al alemán Ernst Nolte, define el fenómeno fascista como sigue: "El fascismo es el antimarxismo que busca destruir al enemigo por una ideología radicalmente opuesta y sin embargo ligada y por el empleo de métodos casi idénticos, aunque típicamente modificados, siempre no obstante en el rígido marco de una autonomía y de una arrogancia nacionales".³

Estas dos definiciones pecan por falta de precisión. Ni una ni otra explican de modo satisfactorio el movimiento que, en España, fue conocido antes de la guerra civil de 1936-1939 como la *Falange Espa-*

* Este trabajo ha sido traducido por Jesús Cambre Mariño de la revista francesa *Esprit*, No. 379 (mars 1969), pp. 421-438.

¹ *Journal of Contemporary History*, "International Fascism 1920-1945", vol I, Número 1, 1966, Londres *Revue d'histoire de la deuxième guerre mondiale*, número especial "Sur le fascisme", París, avril 1967.

² 13a. Sesión plenaria del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, diciembre 1933.

³ Ernst Nolte, *Three Faces of Fascism*, London, 1965, pp. 20-21.

ñola de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista y que el 19 de abril de 1937, durante la guerra civil, cambiando un poco su nombre en *Falange Española Tradicionalista* y de las J.O.N.S., se convirtió en el único movimiento político autorizado en la España nacionalista, privilegio que persiste hasta hoy.

Este movimiento atrajo escasamente la atención de los historiadores, comparado a los innumerables escritos consagrados a los movimientos fascistas italiano y alemán.* Sin embargo, es el tercero en importancia y se distingue de los otros dos por un aspecto: sus estructuras —sí no su espíritu— están todavía intactas. Este movimiento español fue, evidentemente, fascista y una investigación sobre sus programas y sus actividades aportará tal vez una luz más reveladora sobre el fascismo en general.

El movimiento fascista español nació en febrero de 1931, cuando un pequeño grupo de intelectuales se reunió en un cuarto estrecho y sombrío de Madrid y firmó un manifiesto titulado *La conquista del Estado*. Dos de los firmantes de este documento influenciaron profundamente el movimiento fascista español: Ernesto Giménez Caballero y Ramiro Ledesma Ramos. Este movimiento tuvo una corta vida, lo mismo que un movimiento similar fundado en Valladolid en junio de 1931 por un joven abogado católico, Onésimo Redondo: *Las Juntas de Actuación Castellana*. En octubre, Ledesma, con la ayuda de Redondo, fundó un tercer movimiento que fue llamado Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (J.O.N.S.) La expresión "Nacional-Sindicalista" —traducción castellana del alemán "nacional-socialista"— entró así en la vida política española. En 1933, el mayor de los hijos del dictador Primo de Rivera, José Antonio, visitó Alemania, vio a Mussolini en Italia, y creó el 29 de octubre de 1933 un nuevo movimiento fascista en Madrid. Ese movimiento fue llamado *Falange Española*; las iniciales "F.E." han significado desde el origen *Fascismo Español* y pueden deletrearse como la palabra "Fe" en castellano. El movimiento de Ledesma se unió a la Falange al comienzo del año 1934. Cuando, más tarde en ese año, Primo de Rivera se convirtió en el jefe, Ledesma abandonó el movimiento. José Antonio Primo de Rivera fue encarcelado en marzo de 1936 y ejecutado en Alicante el 20 de noviembre de 1936, cuatro meses después del estallido de la guerra civil.

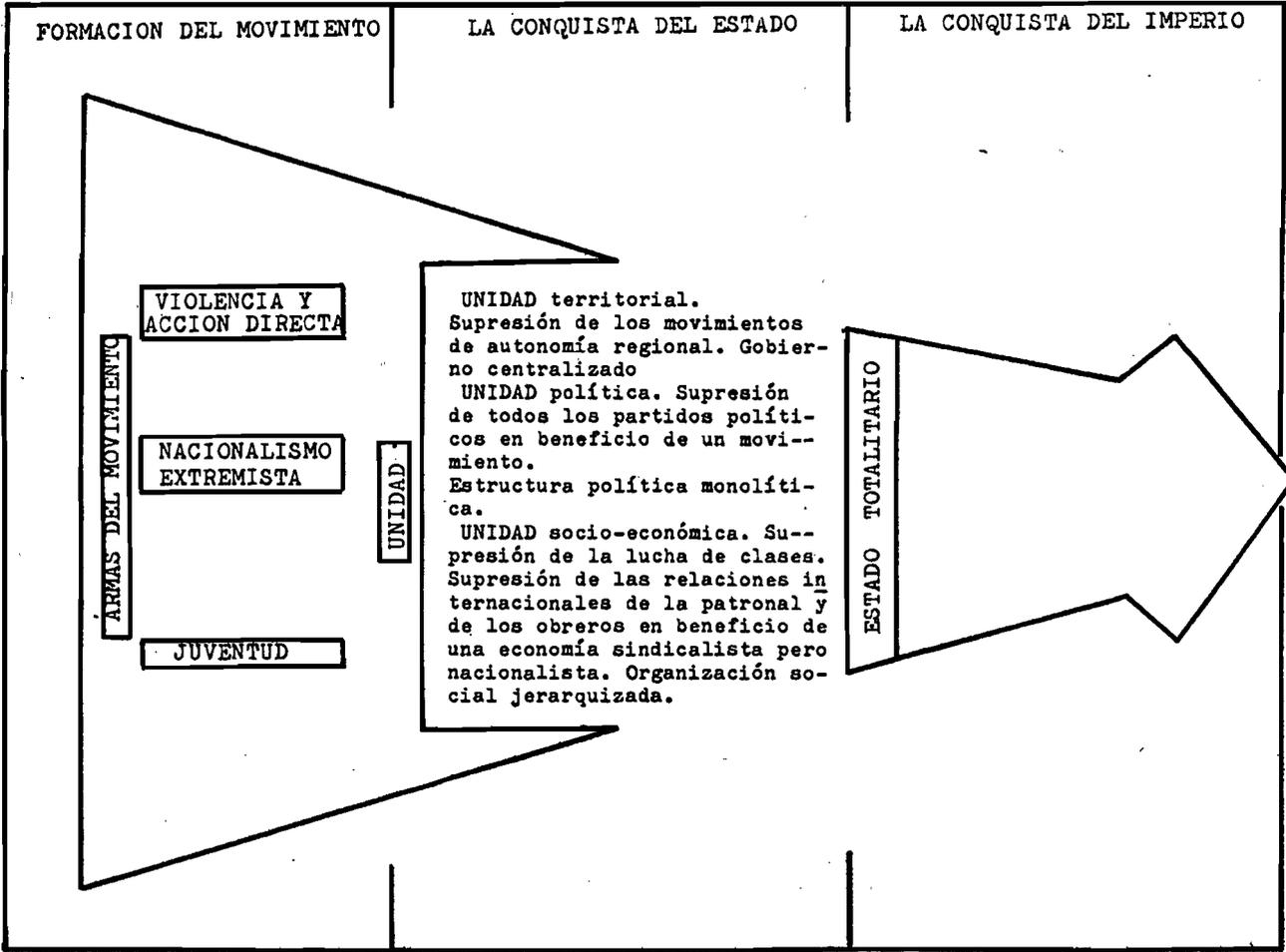
En los años 1930, España se hallaba en esa peligrosa frontera que separa al socialismo del capitalismo. Estaba incluida en la órbita capitalista sin capital que arriesgar. Era un elemento de segunda clase del mundo capitalista. El desarrollo industrial de esta casi-colonia, sus

* Ver Stanley G. Payne: *Falange*, París, Ediciones Ruedo Ibérico, 1965; Bernd Nelesen, *Die verbotene Revolution*, Hamburg, Leibniz-Verlag, 1963.

minas, sus tranvías, sus teléfonos, sus instalaciones hidráulicas, pasaban progresivamente a manos de grandes compañías venidas de Francia, Inglaterra, Estados Unidos, Holanda y Bélgica. La clase conservadora, satisfecha del *statu quo*, era reducida y se adelgazaba cada día más. A la Izquierda, la revolución social ganaba partidarios. En las filas de la Derecha, los descontentos querían igualmente cambiar la vida española, mas sus remedios eran diferentes de los propuestos por la Izquierda. Aquellos hombres se convirtieron en los fascistas de España. Ellos buscaban trastornar el *statu quo*, no haciendo avanzar la revolución social, sino desviando las energías hacia una aventura imperialista. Comprendieron —contrariamente a los conservadores retirados en sus atrincheramientos— la desesperada necesidad de un cambio social en España, pero su concepción de este cambio estaba dominada por su ardiente nacionalismo y por sus sueños de la grandeza perdida. Ellos propusieron nada menos que salvar y reforzar las clases poseedoras de España, enervar las reivindicaciones por una revolución social, y restaurar a España su pasada gloria, todo ello en una sola operación.

De lo que han escrito los teóricos fascistas españoles, se puede despejar un diagrama que reúna los elementos necesarios de una fórmula que muestra en detalle el desarrollo progresivo de un movimiento fascista.

Según este diagrama, se puede ver que el movimiento fascista español, la Falange, se proponía en España tres fines sucesivos. El objetivo inmediato era la organización de un movimiento fascista; el siguiente era la conquista del Estado por ese movimiento; y el tercero, el objetivo final, era la conquista del Imperio por ese Estado. Ninguno de esos objetivos era de fácil realización, y, de hecho, la organización del movimiento —simple primer paso— no fue acabada más que durante la guerra civil. Pero, en sí misma, la organización de ese movimiento era de escasa trascendencia. Un acto de más importancia era la conquista del Estado. Sin embargo, incluso esa difícil tarea no era otra cosa que un empezar en la ruta que un movimiento fascista debía emprender ineluctablemente. No obstante, desde el momento en que un movimiento fascista tenía el Estado en sus manos, disponía de un trampolín desde el cual podía pretender alcanzar su objetivo principal, su verdadera razón de ser, su destino real: la conquista del Imperio.



Para conducir la campaña para la conquista del Estado, los fascistas españoles tomaron prestadas tres armas: la violencia y la acción directa, la propaganda ultranacionalista y la juventud. Esas armas debían imponer en España una total unidad de intención, un Estado unificado y totalitario. Ese Estado debía ser territorialmente centralizado, políticamente monolítico y, en fin, socio-económicamente jerárquico y sindicalista.

España estaba desunida territorialmente a causa de la guerra sorda existente entre Castilla —madre del primer imperio— y las regiones periféricas de la península. Siglos atrás, Portugal había ganado su independencia frente a Madrid para venderse al Imperio británico. Cataluña y el País Vasco, que en el pasado siglo habían perdido sus derechos regionales, desarrollaron en el siglo presente vigorosos movimientos para reconquistar las libertades regionales. Durante los cinco años de la República, los movimientos reivindicadores de una autonomía regional aumentaron en número y, en víspera de la rebelión militar en 1936, Galicia votó por la autonomía; ** León, en el corazón de la península, se unió a las otras expresando su deseo de una mayor independencia frente a Madrid. El fascismo español combatió por la centralización del poder en Madrid y contra toda concesión al autonomismo local.

España era un país desunido políticamente. Para unificarlo los fascistas españoles demandaron la supresión de los partidos políticos, de las elecciones y de la concepción misma de una derecha, una izquierda y un centro. El partido único, representando no una facción, sino el todo, no era un partido, sino un movimiento. Los fascistas españoles se oponían, durante la República, a todo los otros grupos o

** Parece oportuno aclarar, aunque sea someramente, el pasaje de Southworth sobre los movimientos regionalistas españoles ya que el mismo podría llevar al ánimo del lector a una imagen errónea sobre el regionalismo gallego haciéndolo aparecer como flor de última hora, cultivada "durante los cinco años de la República."

El regionalismo, autonomismo, federalismo o nacionalismo gallego, es decir, el movimiento de lucha que viene sosteniendo el pueblo de Galicia para reconquistar sus libertades culturales, sociales, económicas, políticas y administrativas dentro del Estado español o, mejor aún, dentro de una comunidad de pueblos ibéricos, tiene tras de sí una larga trayectoria. Bastará referir aquí que ya en 1808, durante la invasión napoleónica, se firmó en La Coruña "un tratado de *federación* perdurable" entre Galicia y Castilla, como primer paso de un proyecto más ambicioso concebido por la Junta Suprema de Galicia para realizar la federación de los pueblos peninsulares. El 24 de mayo de 1883 el *Consello Executivo da Región Galega* presentó un "proyecto de Constitución" que precedió a la Constitución Federal aprobada en Zaragoza. Aquel proyecto fue "definitivamente discutido, votado y sancionado por la Asamblea Federal del Territorio, reunida en Lugo el 2 de Julio de 1887. Su artículo 2 dice así: 'Esta región se erige en Estado Autónomo y Soberano'. En fin, para no alargar demasiado esta nota, debemos recordar que el libro de Alfredo Brañas, *El regionalismo*, publicado en 1889, "fue el primer compendio doctrinal del autonomismo gallego, cuando ni Prat de la Riba ni Santiago Arana dieran a luz ningún escrito que hoy pueda citarse (Brañas influyó en las directrices del movimiento catalán, según confesión de Cambó)". Federación de Sociedades Gallegas, *O Estatuto de Galicia*. Buenos Aires, 1948, pp. 8, 12 y 13. [Nota del Trad.].

partidos: tradicionalistas, monárquicos, católicos de la C.E.D.A., radicales, republicanos de izquierda, socialistas, anarco-sindicalistas y comunistas.

España estaba también desunida social y económicamente. La lucha de clases era un hecho mortal y cotidiano. Los fascistas españoles combatieron las ideologías marxistas porque éstas negaban el nacionalismo, pero se opusieron también al capitalismo porque a su modo de ver, éste no era lo bastante español y le faltaba coraje. Los fascistas españoles ensayaron crear agrupaciones de trabajadores de carácter *nacional*; intentaron convencer al obrero español de que éste estaba más en comunidad de pensamientos con un propietario hispano que con un obrero extranjero. El fascismo español buscó igualmente eliminar los intereses extranjeros del capitalismo español. En la óptica falangista, el trabajador y el propietario debían ser, conjuntamente, representados en el mismo sindicato vertical y nacional.

El fascismo español intentó eliminar la lucha de clases creando una disciplina nacional.

Desde el instante en que el movimiento fascista español había —por el empleo de la acción directa y de la violencia, por la propaganda ultra-nacionalista y la formación de grupos juveniles— forjado una unidad territorial, política y socio-económica, un Estado totalitario podría ser construido. Pero —y hace falta subrayarlo— ese Estado totalitario no era en sí mismo el objetivo de ese gran despliegue de esfuerzo. El fin era el Imperio, y el Estado totalitario no era más que el instrumento para su conquista.

El elemento determinante, en el diagrama que hemos propuesto más arriba, es el objetivo final: la conquista del Imperio. Los medios empleados para realizar esa conquista: violencia, juventud y nacionalismo; el Estado totalitario mismo —aunque importantes— no determinaron el movimiento fascista. Otros dirigentes políticos españoles utilizaron la violencia, la acción directa, la propaganda ultra-nacionalista y los jóvenes adherentes; otros combatieron las ambiciones de autonomía regional, el sistema parlamentario, la lucha de clases; todavía otros abogaron por un Estado totalitario. Pero sólo los fascistas, al utilizar esas armas y al perseguir esos objetivos, tenían la intención de continuar, después de la conquista del Estado, hasta la conquista del Imperio. Con esta concepción del fascismo, podemos afirmar que muchas de las figuras políticas españolas de derecha, frecuentemente calificadas de "fascistas", no lo eran realmente. Gil Robles, aunque admirador de Hitler e imitador de Mussolini, no era fascista, tampoco Calvo Sotelo, quien algunas veces defendió al fascismo y buscó incluso unirse a la Falange; tampoco el fulgurante Dr. Albiñana, quien hacía

desfilan a los jóvenes en uniforme y combatía en las calles. Esos hombres pensaban hallar una solución a los problemas españoles en el interior de las fronteras de su país, y no fuera de esas fronteras, como lo querían los fascistas.

Los jóvenes teóricos violentos de la Falange, Giménez Caballero, Ledesma Ramos, Primo de Rivera, sufrieron todos, en sus años de formación, la influencia de un filósofo político, José Ortega y Gasset. Fue al leer sus obras que llegaron a la conclusión de que sólo una política extranjera de gran dimensión podía aportar al país la esperanza de un desarrollo interior fructífero; fue en los libros de Ortega y Gasset donde ellos aprendieron que la pérdida de los territorios se asociaba con la decadencia nacional. Ante la melancolía de una imagen otoñal que brochea el autor de *España invertebrada*, desintegrada y desunida, esos muchachos reaccionaron soñando un nuevo Imperio español.

Giménez Caballero, en medio del holocausto de la guerra civil, celebró con entusiasmo las luchas imperiales del porvenir: "Sólo ha existido en el mundo un sistema eficaz para superar ese encono eterno de *clases*: y es: trasladar esa lucha social a un plano distinto... El pobre y el rico de una nación sólo se ponen de acuerdo cuando ambos se deciden a atacar a otros pueblos o tierras donde pueden existir riquezas y poderíos para todos los atacantes. El sentimiento de *igualdad social* que origina toda lucha de clases sólo se supera, llevando esa *igualdad* en el ataque a otros países que son *desiguales* a nosotros. Esa expansión de pobres y ricos de un país, contra otras tierras, es lo que constituye la motivación íntima del Imperio... España sólo terminó sus luchas sociales del siglo xv con la expansión imperial hacia Africa, América y Europa. (Nuestra unidad nacional fue imposible mientras no encontró horizontes expansivos.)"⁵

Los movimientos fascistas no eran, evidentemente, los primeros movimientos imperialistas en el mundo. Diferían de sus predecesores por su utilización de las técnicas modernas de manipulación de los pueblos y de la organización de las masas. Esos movimientos no eran espontáneos, sino el fruto de una síntesis intelectual. ¿No era pues normal que ese aspecto artificial de su espíritu se reflejase en la nulidad de la producción cultural, artística y literaria de los movimientos fascistas?

Sería un error confundir la aventura imperialista de un movimiento fascista con la táctica de diversión bien conocida de un régimen que

⁵ Ernesto Giménez Caballero, *Genio de España*, Zaragoza, 1938, nota p. 276; citado en H. R. Southworth, *Antifalange*, París, Ruedo Ibérico, 1967, p. 16. [En esta traducción, el pasaje citado de Giménez Caballero se ha transcrito directamente de la 3a. edición original. Nota del trad.].

lucha con dificultades internas y que hace redoblar los tambores en la frontera para atraer la atención de la muchedumbre y hacerle olvidar sus dificultades. El fascismo no tenía la intención de resolver sus problemas por un desfile militar y vagos proyectos de conquista; el fascismo tenía la intención de conquistar. La aventura fascista no era una diversión; era la acción fundamental.

El fascismo no era una ideología, ni un sistema de pensamiento, ni una filosofía de la vida, ni una teoría económica. Los escritores han tratado en vano de desenterrar un programa económico excavando en las actividades fascistas y sus programas. No han hallado más que improvisaciones de día en día, porque el hecho brutal del fascismo era la conquista, el pillaje y el botín.

El fascismo no era un movimiento ecuménico. Era esencialmente nacional, no internacional. Todos los fascistas eran nacionalistas, pero no todos los nacionalistas eran fascistas. Nolte, en su estudio de los tres movimientos fascistas incluyó el de *Acción francesa*; sin embargo, Charles Maurras y sus adeptos no eran fascistas, ellos no eran más que nacionalistas. El dirigente nacionalista francés mostró una increíble ingenuidad cuando aplaudió la victoria fascista en España. No se había dado cuenta, entonces, que una nación fascista no es hermana de ninguna otra y que el establecimiento de un nacionalismo agresivo al otro lado de los Pirineos significaba que Francia estaba cercada por tres costados por los nacionalismos fascistas con miras expansionistas.

Una "internacional fascista" es una contradicción en sí. Eso no quiere decir que no hubo relaciones de base entre el movimiento español y los otros fascismos. El fascismo era una fórmula común aplicada a las diferentes condiciones existentes en cada país. Las condiciones diferían en España, Italia y en Alemania; pero los tres países tenían dos factores comunes: una economía en crisis y una amenaza de revolución social.

El fascismo en España buscó resolver la crisis económica desviando de su curso normal, las energías reivindicativas de los trabajadores españoles y canalizándolas hacia una aventura imperialista. Esa aventura, si resultaba, debía tener, teóricamente, un rendimiento suficiente para responder a las exigencias de la revolución social. Los gastos de la operación serían pagados por los vencidos en la lucha imperialista, y la clase dirigente española no habría solamente consolidado su posición, sino que habría engrosado sus filas al admitir en su seno los *nuevos ricos*, los aventureros de la Falange.

El fascismo no era un movimiento universal; se detenía en los límites de Europa y de sus dependencias. Había nacido de los problemas de Europa y jamás fue capaz de separarse de aquel clima. Era

una táctica de maniobra, válida para un espacio geográficamente limitado y para un momento igualmente limitado de la historia. El fascismo era el estertor agónico de una Europa colonialista y no produjo, como sus soñadores lo habían esperado, una nueva distribución de las colonias, sino la descolonización que, en fin de cuentas, producirá tal vez la unidad europea.

El movimiento fascista español, comenzando cuando una cierta base pragmática se había establecido gradualmente en otros países, se aprovechó de esas experiencias. Se puede decir que jamás habría habido un movimiento fascista en España si el fascismo no hubiese existido previamente en otra parte. Partiendo de las experiencias italiana y alemana, la Falange consideró un trastrueque de los poderes europeos: la decadencia de Francia y de Inglaterra, y el progreso de Alemania, de Italia y, a su lado, de España. Cuando los fascistas españoles soñaban en su imperio, era siempre como la consecuencia de un trastorno general de la estructura del poder europeo, pero jamás como el resultado de una acción española independiente. Eso era simple sentido común, dado el muy bajo nivel del potencial industrial español. Pero cuando Mussolini marchó sobre Roma, lo hizo sin aliados extranjeros. Cuando Hitler desencadenó la Segunda Guerra Mundial, lo hizo independientemente de cualquier otro, incluso de Mussolini. Esa capacidad de una acción independiente constituye una diferencia fundamental entre el movimiento fascista español y los movimientos de Alemania y de Italia.

La locura de la empresa fascista es hoy evidente. Ella estaba fundada sobre la siguiente premisa: la estructura colonial es permanente y resulta siempre muy provechosa. Aparentemente, los fascistas creyeron de todo corazón que los grandes imperios coloniales no tenían problemas de trabajo, ni problemas sociales y económicos. Eso era una creencia romántica y poco realista. Incluso considerando que el colonialismo había sido siempre un proyecto rentable, el fascismo no aportaba ninguna solución al juego de las rivalidades por las colonias. Si la sustitución por Alemania, Italia y España —“las naciones jóvenes”— de Gran Bretaña, Francia, Holanda y Bélgica —“las plutocracias decadentes”— hubiese sido realizada, ella habría conducido simplemente a otra guerra mundial. Era demasiado tarde, en el siglo XX, para esas ideas del siglo XIX.

La Falange estaba formada, en su mayoría, de hombres jóvenes de pensamiento conservador quienes comprendían que la España de 1933 les ofrecía muy poca oportunidad de adelanto económico, y quienes no vislumbraban nada para ellos en el horizonte a menos que se produjese un cambio profundo en el país. Esos eran los insatisfechos de la Derecha. El fascista español típico, antes de la guerra civil, era un

hombre joven, probablemente un doctor o un abogado de provincias⁶ —nunca un obrero—, quien estaba presto a usar de la violencia nacionalista para detener la revolución social. Estos jóvenes, de mediocre fortuna, de posición social incierta, soñaban extender las fronteras de la España conservadora, aflojando así la presión de la Izquierda por una revolución social y creándose, al mismo tiempo, puestos lucrativos en los rangos elevados de la oligarquía.

Aunque los modelos inmediatamente utilizados por el falangismo militante pareciesen deber ser los *squadristi* italianos y los "camisas pardas", es más bien en los círculos dirigentes franceses e ingleses que esos modelos existían en realidad o, más exactamente, en la concepción deformada que los falangistas poseían de esos círculos. El ideal del falangista era el colonialista logrado.

En su libro sobre la Falange, Stanley G. Payne escribió que José Antonio Primo de Rivera "tenía una simpatía inconfesada por Inglaterra; incluso admiraba a Kipling. . .", y que el jefe fascista español "sentía la más grande admiración por el imperio británico".⁷ Payne quiere probar así que José Antonio Primo de Rivera "no era un nacionalista fanático", que no era un imperialista. Pero, si esos hechos son interpretados correctamente, muestran lo contrario. En efecto, José Antonio era un "nacionalista fanático" que envidiaba al imperio británico y que codiciaba sus colonias. El falangista, imaginándose reformador social, no buscaba la supresión de las iniquidades sociales sino el establecimiento de una sociedad jerarquizada en una España fuerte y poderosa, con un rico imperio para explotar, en el cual cada uno encontraría algo y donde el falangista ocuparía un puesto de mando.

La ausencia de definición clara y precisa del movimiento fascista proviene en parte del hecho que hoy la palabra "fascista" es más a menudo un insulto de una noción política. Se aplica, sin discriminación, al político conservador, a todo patrono reaccionario, a todo policía encargado de romper una huelga. También se utiliza especialmente para designar un racista quienquiera que sea: aquél que tiene odio al judío, al argelino, al negro o al amarillo. Sin embargo, el blanco de Alabama que odia al negro o al amarillo, no es necesariamente un fascista. Es un fascista potencial, como todo racista, mas su acto de odio no es en sí mismo un acto fascista, por reprehensible que sea. El racismo es, por otra parte, mucho más antiguo que el fascismo y no ha desaparecido con la caída de Hitler.

⁶ Maximiano García Venero, *Falange en la guerra de España: la unificación y Hedilla*. París, Ruedo Ibérico, 1967.

⁷ Payne, *op. cit.*, pp. 35, 63.

La identificación popular del fascismo con el racismo ha nacido de la persecución de los judíos por los nazis. Pero en el movimiento original fascista italiano no había antisemitismo y, cuando Mussolini proclamó al antisemitismo como un componente de la fe fascista, lo hizo tardíamente y sin entusiasmo, en gran parte por complacer a Hitler.

El antisemitismo no era tampoco uno de los principios de base del programa falangista. El antisemitismo era una creencia endémica de la Derecha española, reforzada por el oscurantismo del catolicismo español.

Lo que se puede hallar en España durante los buenos tiempos de la Falange, son frecuentes alusiones antisemitas en la prensa y en los discursos de jefes políticos e intelectuales tales como Franco, Serrano Suñer, Tovar y otros. Estos han obrado no como promotores del programa de la Falange, sino como cortesanos de Adolfo Hitler. Esta explicación de esas tácticas serviles no altera el hecho innegable de que ellos, como todos aquellos que sostuvieron al Führer imitando su antisemitismo, comparten —por una parte al menos— la responsabilidad del espantoso sufrimiento humano causado por el racismo de Hitler.

El antisemitismo no era, pues, un componente esencial del programa fascista, pero la unidad —territorial, política y socio-económica— sí lo era. Hitler pensó que el antisemitismo y sus teorías de pureza racial serían útiles para forjar la unidad del pueblo alemán agrupado tras él en su marcha hacia el imperio. Los fascistas españoles tenían otras minorías que perseguir: los vascos, los catalanes y los gallegos, cuyos dirigentes fueron asesinados, sus idiomas prohibidos y sus costumbres regionales atacadas sin tregua. Esos pueblos fueron oprimidos por la misma razón que empujó a Hitler a perseguir los judíos, es decir, realizar la total unidad del designio nacional tan indispensable a la causa fascista. Los fascistas españoles no perfeccionaron nunca su sistema de violencia hasta el punto al cual los nazis habían llevado el suyo, pero, por otra parte, ellos no pudieron nunca alcanzar en España la unidad que Hitler logró en Alemania.

Robert J. Soucy plantea la cuestión: "¿Por qué el fascismo francés fue una fuerza relativamente débil en la escena política francesa, antes e incluso durante la segunda guerra mundial?"⁸ Puede extraerse una respuesta del diagrama que hemos trazado para representar el desarrollo de un movimiento fascista. La idea de resolver los problemas sociales y económicos de un país europeo en crisis económica, la idea de detener la revolución social por medio de una aventura imperialista,

⁸ *Journal of Contemporary History*, Vol. I, No. 1, p. 23.

escasamente podía seducir las clases dirigentes o las clases obreras de un país como Francia, que poseía ya un imperio colonial enturbiado, además, por los problemas económicos y sociales. El fascismo podía atraer solamente a los países sin imperio que estaban, en lo inmediato, luchando con las dificultades sociales y económicas, que poseían una clase media atemorizada, un proletariado en movimiento y la ilusión de resolver sus problemas por una expansión territorial. ¿No es esa acaso la razón por la cual Inglaterra, Francia, Holanda y Bélgica, a pesar de las minorías fascistas más o menos ruidosas, no fueron nunca amenazadas realmente por el advenimiento del fascismo al poder? Ni los industriales ni los trabajadores podían ser seducidos por un programa que prometiese lo que ya existía. El movimiento fascista francés más auténtico congregó sus débiles fuerzas en enero de 1960 cuando la abortada revuelta de las barricadas de Argel: un movimiento de jóvenes que utilizaba la violencia y la acción directa, que gritaba lemas ultra-nacionalistas y buscaba conquistar el Estado con el fin de reconquistar el imperio. Un movimiento tal era ya anacrónico y, aunque se esforzaba por reanimar al fascismo, las cenizas estaban muy frías para inflamarse de nuevo. Las guerras fascistas de la generación precedente habían provocado la descolonización y ese proceso era demasiado potente para dejarse detener por una barricada en Argel.

El fascismo no fue adoptado con entusiasmo por la Derecha española. Durante los años negros de 1933-1935, cuando la Derecha española (el Centro) estaba en el poder, los fascistas españoles vivieron, en verdad, un período difícil. El fascismo es una aventura y el capital no gusta de las aventuras. El fascismo no llegó al poder hasta el momento en que el Capital se sentía talmente amenazado que éste debía escoger entre la aventura fascista y la revolución social. En el momento en que el capital atemorizado se decidió a participar en la aventura fascista, un pacto tácito fue concluido entre los dirigentes fascistas de una parte y, de otra, las fuerzas económicas e industriales del país: el Contrato fascista. Ayudados por la fuerza económica de la Derecha, los fascistas fueron capaces de conquistar el Estado con una apariencia de legalidad y un mínimo de daños. Para gratificar a la Derecha tradicional, los fascistas debían resolver la crisis económica y aniquilar la amenaza de revolución social. Fue así que ellos llegarían al poder en Italia y Alemania, pero en España la Derecha hizo un mal cálculo. Fue solamente unos instantes después de haber sabido la pérdida de las elecciones del 16 de febrero de 1936, que la Derecha española abrió el expediente del Contrato fascista. Antes de esas elecciones, la Derecha había rechazado con desprecio toda colaboración con la Falange. Algunas semanas más tarde, todo el peso de la Derecha española se empleó

para hacer confirmar a José Antonio Primo de Rivera como candidato en las segundas elecciones de Cuenca. Si hubiese sido elegido, la inmunidad parlamentaria le habría permitido abandonar la celda de la cárcel de Madrid, donde había ingresado el 16 de marzo, y de la cual no debía salir, en Alicante, más que para hallarse frente al pelotón de ejecución.

Contrariamente a lo que pasó en Italia y en Alemania, el pueblo español rechazó de modo determinado todas las proposiciones del fascismo. Ningún fascista presentado como tal a las elecciones ganó jamás un escaño en el Parlamento español. La victoria decisiva del Frente Popular en 1936 planteó un serio problema a los dirigentes de la Falange. Si la Izquierda lograba consolidar sus posiciones, el fascismo tendría que vivir un período todavía más difícil que el del bienio negro. Para evitar esa consolidación y para crear la atmósfera de violencia necesaria para su supervivencia, para convencer a la Derecha española que el Contrato fascista era indispensable, la Falange —las filas hinchadas por el aflujo de muchachos de buenas familias católicas, quienes, decepcionados, abandonaban los partidos tradicionales de la Derecha para enrolarse bajo las banderas “del yugo y las flechas”— difundió el terror en las calles; matando e intentando matar jueces, abogados, directores de periódicos, profesores y guardianes del orden.

Ese esfuerzo desesperado de los fascistas para convencer a los españoles conservadores de que su país estaba al borde del caos, se produjo al mismo tiempo que una conjura militar maduraba contra la República. ¿Debía participar allí la Falange? ¿Se perdería el programa de la Falange en el caso de una victoria de la Derecha y de los militares? José Antonio Primo de Rivera, desde su celda, da su consentimiento —de mala gana, porque no tenía confianza en los fines de los militares— para asociar sus jóvenes adherentes a la revuelta militar. Adolfo Hitler había escrito algunos años antes, después del fiasco del golpe de la Cervecería de Munich: “Nosotros no podremos jamás pensar en ganar el poder por la fuerza”. Pero la Falange no tenía otra alternativa que ensayar la fuerza.

Si el golpe militar de julio de 1936 hubiese triunfado en unos días, así como había sido previsto, la Falange habría salido de la lucha sin pérdidas y sin cicatrices. Pero el programa de la Falange no podía sobrevivir a 32 meses y 15 días de guerra civil. Aunque ninguna de las figuras dominantes de la Falange haya sobrevivido a los primeros meses de lucha, la Falange, en menos de un año de guerra logró lo que los grupos fascistas habían sido incapaces de hacer en cinco años de paz: organizar el Movimiento, que, sobrepasando los partidos monárquicos y reaccionarios, se convirtió en la organización política dominante en la España nacionalista. Ese crecimiento provino más del vacío político de

la España de Franco que de la doctrina o de la cualidad de los dirigentes de la Falange. Los españoles se asemejaban todos con una camisa falangista, y más de un obrero amenazado salvó su vida vistiéndose la prenda azul. Por primera vez, la Falange se convirtió en una propiedad política codiciada y una propiedad sin propietario patentado.

El control de la Falange por Franco, cuando, en abril de 1937, decretó la unificación de todas las formaciones políticas en la España nacionalista, requirió pocas maniobras políticas y derramó poca sangre. Las consignas y la propaganda falangistas dominaron visiblemente la escena política española en detrimento de los otros dogmas. Al fin de la guerra civil, la Falange, completamente organizada, estuvo aparentemente tan cerca de la conquista del Estado que muchos observadores consideraron que el hecho estaba ya consumado.

Pero la Falange no había hecho la conquista del Estado y no lo debía hacer jamás.

La Falange estaba aprisionada en una contradicción llena de ironía: había tenido necesidad del vacío político de la Derecha española, puesto en evidencia durante la Guerra Civil, para organizar el movimiento y acercarse a la conquista del Estado; pero cada día de guerra civil hacía más imposible la realización del programa falangista. Detrás de las banderas flotantes del falangismo victorioso en la guerra, se ocultaban dos hechos inflexibles: la economía —siempre débil— de España estaba saqueada por la guerra y los españoles estaban separados por un foso lleno de sangre.

Cada día de guerra civil hacía aparecer la importancia de los símbolos falangistas, pero volvía más difícil un simulacro de unidad en una España retorcida por la lucha. Y esta unidad de mil facetas era la base de la estructura falangista, del Estado totalitario, de la marcha hacia el Imperio: Todo reposaba sobre esta unidad. ¿Cómo declarar la guerra para ganar el Imperio, si la economía del Estado estaba en ruinas? Después que Mussolini hubo hecho la conquista del Estado, después que Hitler hubo hecho la conquista del Estado, cada uno de ellos había tenido algunos años para preparar el asalto. Entre el fin de la guerra civil y el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, la Falange no había dispuesto más que de cuatro meses.

Otro que no fuese Francisco Franco posiblemente habría superado esos obstáculos. Pero Franco no era un fascista; era un oportunista sin imaginación y sin convicciones políticas profundas. Caudillo de un país desunido, con una economía arruinada, esperaba, resistiendo a la impetuosidad de los jóvenes falangistas que llenaban el aire de la península con sus clamores: "¡Imperio! ¡Imperio!" Franco no desdenaba la idea de una expansión territorial española, pero pesaba cui-

dadosamente los riesgos. Un verdadero dirigente fascista, un Mussolini o un Hitler, se habría sentido obligado a correr el riesgo y realizar el ciclo completo del desarrollo fascista. Franco no experimentaba esta obligación. El y los que le sostenían —los poseedores de la economía española, los elementos estables de la sociedad retrógada de España— podían ahora marcar un compás de espera. Después de todo, ellos no habían firmado jamás el Contrato fascista, ni siquiera en un momento de pánico, y ahora la amenaza de revolución social había sido momentáneamente descartada por la guerra civil; una generación de inconformes había sido barrida en sangre. La Falange, por sus matanzas implacables durante la guerra civil y el ritmo creciente de las ejecuciones una vez terminada la guerra, había ayudado a crear una nueva situación social en la cual sus servicios, como salvadora del país, no eran ya necesarios. La Falange había trabajado tan intensamente que estaba sin empleo. Había cometido un error que ni Mussolini ni Hitler habían hecho ni habían tenido que hacer: esforzarse en tomar el poder a través de una guerra civil.

Pero Franco era un oportunista prudente. No había permitido a la Falange consumir la conquista del Estado; pero tampoco había dismantelado el aparato administrativo de la Falange, ni siquiera su sistema de control sobre toda la vida española y mucho menos la estructura del Estado totalitario.

Esa estructura tenía, para los hombres que la habían construido, un solo fin: era un trampolín para la marcha hacia el Imperio. Pero la conquista del Imperio, según los cálculos falangistas, debía perpetrarse en unión de los otros "Estados jóvenes" de Europa: Alemania e Italia.

Cuando Alemania entró en la guerra en 1939, e Italia en 1940, la España falangista de Franco no estaba preparada para echar una mano en la aventura. Franco ofreció entrar en guerra al lado de Alemania e Italia, en junio de 1940, cuando pareció que Inglaterra seguiría a Francia en la derrota. Pero en ese momento Hitler no estaba deseoso de tener por aliada una España debilitada por la guerra civil. Cuando, algunos meses más tarde, Hitler deseó que España se uniese a él en la guerra, Franco, viendo que Inglaterra no se rendía, subordinó su acuerdo a extravagantes reivindicaciones territoriales, especialmente en Africa del Norte controlada por Francia, y el Führer fue forzado a escoger entre la Francia de Vichy (temía verla levantarse contra él en Africa del Norte) y la España de Franco (sin valor militar cierto y dotada de un apetito inquietante). Escogió la Francia de Vichy.

A nuestro parecer, la hora de la decisión sonó para los fascistas españoles el 8 de noviembre de 1942, cuando el desembarco de los anglo-americanos por Franco como precio de su entrada en la segunda

guerra mundial al lado del Eje, figuraban Marruecos y el Oranesado. Y éstos iban a pasar ahora bajo control de los enemigos del Eje: Hitler no podría jamás darlos en pago de lo que se le debía a Franco y a la Falange, por su fidelidad o por su ayuda; y el sueño falangista de un Imperio se desvanecía para siempre. Ni Franco ni la Falange reaccionaron a los desembarcos en Africa del Norte. El Imperio estaba irrevocablemente perdido. Pero Franco había sabiamente mantenido la vasta organización de control montada para conquistar el imperio; organización que serviría ahora, no para conquistar nuevas tierras, sino para explotar y oprimir al pueblo español.

El fascismo español representa un capítulo desconocido por los otros fascismos. No fue barrido a sangre y fuego como lo fueron los movimientos emparentados de Roma y Berlín. La *razón de ser* del movimiento —conquista imperial— fue eliminada, mas el aparato administrativo fue mantenido. La juventud falangista no halló su *Golconda* en las aventuras extranjeras, sino en la corrupción inherente a la estructura falangista. Ministros y sub-secretarios se hicieron súbitamente ricos; la corrupción y la especulación rompieron la monotonía que ellos habían conocido en las capitales provinciales antes de la guerra. El beneficiario del botín no tenía que "sudar la gota gorda", sino la propia España. Esa estructura sigue en pie hoy día, y hará falta más que un tímido empujón para echarla por tierra.

España ofrece al mundo el único ejemplo en que una administración fascista fue dejada intacta a la cabeza de un gobierno, a condición de que ella se acantone en su propio territorio y ejerza su violencia solamente sobre su propio pueblo.

¿Quién dejó intacto al fascismo español? Los vencedores de la gran guerra contra el fascismo.

Se puede preguntar por qué Stalin no declaró la guerra a España cuando la División Azul atacó su país. Se puede también preguntar por qué Truman, quien ciertamente detestaba a Franco, no insistió para que éste se retirase. La evidencia demuestra que el responsable de esa villanía fue Winston Churchill, quien no tenía nada contra la estructura fascista en España en tanto que ésta no amenazase a Inglaterra.

Los españoles lucharon contra el fascismo como no lo hizo ningún otro pueblo. Lo rechazaron depositando su voto en las urnas y combatiéndolo en las trincheras. Ni los alemanes ni los italianos pueden hacer valer tales méritos. Los vencedores de la Segunda Guerra mundial han liberado a los alemanes y a los italianos de la opresión fascista, pero han abandonado al pueblo español en la podredumbre de un fascismo domesticado. Eso prueba algo, mas yo prefiero no pensar en ello.